

Javier Arrieta Correa

“Evocación de Norberto Pinilla”

Tenía el rostro de un chileno auténticamente puro, capaz de inspirar a un pintor que hubiera deseado plasmar, con sus pinceles, la fuerza expresiva de la raza criolla. Su oscura cabellera formaba una melena nunca domeñada, en la cual podría asegurarse que habían hecho nido los huracanados vientos del Sur. Sus ademanes eran nerviosos y su cordialidad infinita. Era sencillo y jamás alardeaba de su cultura profunda e íntegra pero sabía lucirla con orgullo cuando defendía sus juicios y afirmaciones. Era un maestro de profesión y vocación; un escritor de verdad, un crítico realista y sincero.

Su muerte interrumpió muchos aportes que deseaba brindar a la literatura nacional y tal vez pasará mucho tiempo antes de que los que fuimos sus amigos, comprendamos la verdad de su deceso.

Me unió al ilustre escritor una amistad fraterna; fuí su discípulo en ya lejanas horas de liceo y puedo afirmar que seguí recibiendo sus lecciones, casi hasta el momento mismo de su muerte. Tengo, pues, para con su recuerdo, una deuda de tan inmensas proporciones que tal vez el tiempo no me sea suficiente para satisfacerla.

Publiqué mi primer artículo literario el 14 de mayo de 1934 en «El Diario Ilustrado», que titulé «Entrevista a Norberto

Pinilla». Al referirme a él, escribí: «Conocí a Pinilla como Inspector del Liceo de Aplicación. Es hombre rudo y «seco» con los alumnos. No obstante, hemos intimado últimamente. Hace poco charlamos, como buenos amigos, sobre literatura.

De su personalidad podría decir mucho, alabando su temperamento exquisito y hablando de su cultura superior; pero no es necesario».

Desde esa fecha, estuve atento a los trabajos que Norberto publicara con envidiable frecuencia. Muchos de ellos los conocí por lectura que me hacía el autor, en su biblioteca hogareña. De ahí, pues, que me atreva a afirmar que le conocí en la intimidad y que, en muchas oportunidades, fuí su confidente.

En este breve ensayo—que algún día he de ampliar me limitaré sólo a destacar las características más salientes de su personalidad, pues su vida constituye una hermosa lección para quienes deben enfrentarla sin más apoyo que su inteligencia y tesón.

SU INFANCIA Y FORMACIÓN

Norberto Pinilla descendía de una familia modesta y sencilla. Vió la luz de la vida el 6 de junio de 1902 en la pequeña ciudad de Galvarino.

Débil de contextura, debió sufrir en su organismo, los embates de muchas enfermedades cuando niño. Sin embargo, esto no hizo lesión en su espíritu.

Conoce desde sus más tiernos años la pobreza que había entristecido su hogar, a raíz de la muerte de su padre. Trabaja en los oficios más disímiles para cooperar al mantenimiento de su familia toda. Pero siempre tiene tiempo para abrir un libro y aprender una lección. Su inteligencia es rápida y aguda. Venciendo obstáculos llega a Humanidades. Estudia en el Liceo de Temuco disputando los primeros lugares con otro muchacho de condición parecida a la suya, que entonces se llamaba Neftalí

Reyes y que hoy, tras el seudónimo de Pablo Neruda, tiene un lugar predilecto entre los más grandes poetas de habla hispana.

Obtiene su título de bachiller y se hace realidad su deseo de venir a Santiago a estudiar una carrera. Escoje la asignatura de Castellano y Filosofía y sigue con fe y esperanza su nuevo destino.

Pero la miseria le rodeaba. Había que trabajar mucho para poder vivir y estudiar. El me lo dijo muchas veces: «en esos años era tan escuálido mi patrimonio, que debí en infinitas ocasiones, contentarme con una taza de café puro por todo alimento del día». Supe, también, que en su pequeña y muy modesta pieza de estudiante los muebles jamás tuvieron sitio y que a la escasa luz que proyecta la llama de una vela, estudió y aprendió las más difíciles materias de sus cursos universitarios.

Así, pues, se formó y recibió de Pedagogo, el que fuera más tarde notable profesor de Castellano y Literatura, de Filosofía y Estética. Así luchó con fe inconmensurable el destacado escritor, el ponderado Director de las Escuelas de Temporadas de la Universidad de Chile; el erudito crítico literario, el comprensivo y docto maestro, el amigo dilecto.

INSPECCIÓN DEL LICEO DE APLICACION

Justamente, cuando el cursaba su último año en el Pedagógico, le conocí. De esto hace 20 años. Yo era alumno del 1er. año de Humanidades en el Liceo de Aplicación. Mis 10 años, de entonces, estaban plenos de alegría, entusiasmo y quimeras infantiles.

Un joven inspector de patios, cuidaba que nuestras travesuras no se encauzaran por esta ruta peligrosa que es la exageración. Al toque de campana—que ponía una nota de desencanto en nuestras almas de niños—él vigilaba la correcta formación que se nos exigía frente a la sala de clases, y no perdía ocasión para inculcarnos una lección de urbanismo o de educación.

Delgado, pálido y serio. Pocas veces sus labios se abrían en una sonrisa. Se diría que nuestro Inspector estaba en esos años en permanente comunión con sus pensamientos de estudiante de recursos escasos. Pero de ahí a que fuera un amargado, hay una distancia infinita. No obstante su poco dinero, era cuidadoso en el vestir, siempre llevaba terno oscuro y alba camisa. No había arrugas en su traje y sus zapatos brillaban a la luz del sol.

Durante las horas de clases se paseaba por los corredores leyendo. Tenía avidez por la lectura de libros instructivos. Muchas veces—cuando nuestra conducta de educando nos hace acreedor a una «echada de clase»,—observamos el cuadro que hemos relatado. El nombre de ese Inspector bien se supondrá: Era Norberto Pinilla.

EL PROFESOR Y LITERATO

Un día cualquiera, que no tiene fecha grabada en nuestros recuerdos, no apareció en el patio. Nos hacía falta su presencia, e inquirimos el por qué de aquella ausencia. Alguien dijo que había obtenido su título de Profesor y que se iría a otra ciudad a entregarse de lleno a su apostolado de enseñar cuanto sabía. Acaso no comprendimos con exactitud lo que se nos dijera, pero lo cierto fué que, sin mayor esfuerzo, pronto olvidamos su silueta.

Pero reapareció entre nosotros a los dos años. Volvió en calidad de Inspector General del Primer Ciclo. Ya era «el señor Pinilla». No había cambiado mucho. Tal vez, en esa época, era un hombre reposado. Tenía su Oficina con vista a la Calle Cummings, en esos años llamada San Miguel. Su escritorio siempre estaba cubierto de libros, formando verdaderas «piras».

Nuestra curiosidad se satisfacía admirando las bellas y brillantes carátulas ¡cuánta sabiduría esconderían esos libros en su seno! Nos estaba vedado introducir la mirada en ellos.

Llegábamos a esa Oficina con ocasión de una travesura que había roto las fronteras de lo común; por unas bofetadas cambiadas con algún compañero, o por un deficiente rendimiento escolar. Pinilla nos observaba fríamente—un temblor recorría nuestro cuerpo—y nos hablaba con voz enérgica. Sus ademanes se tornaban violentos. Sin embargo, la entrevista concluía con una lección o un consejo suyo y con la promesa nuestra de enmendarnos ¡Y vaya que la cumplíamos! Pinilla, a pesar de su apariencia severa, era un educador cauteloso. Entre el castigo y la enseñanza, optaba por corregir con su palabra que penetraba hondo en nuestra conciencia de muchachos.

Dirigió con acierto a los educandos. La disciplina se paseaba triunfal por el «edificio chico». Ello le valió su promoción a Inspector General del Segundo Ciclo que comprendía a los alumnos del 4.º al 6.º año de Humanidades.

Fué, entonces, nuestro profesor de Castellano y Literatura. ¡Cómo olvidar esas clases tuyas tan amenas y profundas! Jamás llevó un texto de consulta o apuntes de ayuda de memoria. Se paseaba por la sala disertando con voz clara y amplia, que cambiaba de tonalidad al unísono de las ideas que expresaba. Sus clases eran, pues, un relato, una narración, una bella novela.

Entonces él escribía en *La Nación*. Sus artículos lo revelaban como un hombre de espíritu atento y estudioso. Su prosa no era sencilla. Había un cierto rebuscamiento que muchos interpretaban mal. Sin embargo, fué puliendo su estilo hasta llegar a la elegante sencillez de los conceptos.

Después ofició la cátedra de crítico literario en «*El Liberal*», diario que fué de corta vida. Sostuvo desde estas columnas su primera polémica literaria. Su contradictor fué nada menos que Raúl Silva Castro, considerado ya como uno de los críticos más sagaces y cultos de las letras chilenas.

En aquella oportunidad puntualizó a Silva Castro, su pensamiento frente a lo que para él era la crítica literaria, diciendo: «La crítica literaria es obra de amor y de comprensión. No es

crítica la que se dedica a la caza del desliz, de la falta. Porque la obra humana, más aún: la natural, suelen estar taradas. Esa crítica ínfima y de menor cuantía es odiosa e ineficaz. Es necesario exaltar, animar y corregir con generosidad, con elevación y con sencillez. El tono doctoral, el gesto torvo, no producen sino molestias y odiosidades».

Tuvo, más tarde, muchas «batallas» literarias. No perdió jamás su apostura. El encono no tenía cabida en su alma sencilla y generosa. Me hablaba de su contradictor de ayer, sin enojos; vencedor o vencido su cordialidad era la misma para con todos.

SU OBRA

No está al alcance de este trabajo el estudio serio de su labor intelectual. Empero, me referiré, sin reposo, a su faena intelectual.

Pinilla amaba la labor de investigación; siempre andaba a la caza de un dato, de una fecha, de un nombre, para agregarlo a su fichero. Gustaba de la poesía, como expresión de arte y sentimiento. Dejó eruditos estudios de Julio Herrera Reissig, Jalil Jibrán, Federico García Lorca, Julio Vicuña Cifuentes y Carlos Mondaca, en un volumen que tituló «Cinco Poetas».

Analizó con bastante propiedad la obra de Gabriela Mistral, a través de sus obras «Bibliografía Crítica sobre Gabriela Mistral» y «Biografía de Gabriela Mistral».

Estudió a Pezoa Veliz, con calor y entusiasmo en dos trabajos institulados «Poesía de Carlos Pezoa Veliz» y «Bibliografía crítica sobre Carlos Pezoa Veliz».

Su labor de investigador quedó plasmada en sus estudios sobre la generación de 1842.

Como traductor dejó en bella prosa «El sentimiento Estético de Henri Delacroix» y «Nociones de Estética» de Carlos Lalo.

Alcanzó a disfrutar del triunfo de su dedicación intelectual, cuando obtuviera con sus trabajos «Panorama del Movimiento Literario de 1842». «Generación Chilena de 1842» los premios Sociedad de Escritores de Chile y Ensayo de la Municipalidad de Santiago de 1943.

Alguna vez estudiaré con calma la hermosa función intelectual y humana de Norberto Pinilla, mi maestro y amigo, que un día me diera el espaldarazo artístico para que saliera por los caminos literarios volcando mis inquietudes y mis sueños.